

Felicidad Blanc

LA BUSQUEDA DE UNA IDENTIDAD

FELICIDAD Blanc es bella y consciente de que lo es, con una coquetería galante, casi declamatoria, elegantísima. Con algo de fuera de moda, esos acentos suaves en el hablar, o en el mover de las manos, y una extraña sensación de que, con toda la fragilidad aparente tras la cara perfectamente maquillada y la sonrisa todo el tiempo de la entrevista, estoy hablando con una mujer seguramente absorbente, posiblemente difícil, mucho más compleja que esa imagen de traje impecablemente cortado y cabellos perfectamente peinados. Más compleja también que esa otra imagen dulcísima, romántica, llena de nostalgias por lo que no fue y pudo haber sido, que ella misma ofrece de sí en *Espejo de sombras*, su libro de Memorias. Seguramente, me dejó llevar, fascinar, por esta palabra suya, voluntariamente literaria, por su cordura lingüística y por el indudable atractivo que la decadencia, la estética, el arte por el arte, y particularmente el arte de la conversación, ejercen sobre mí. Felicidad Blanc, la viuda de Leopoldo Panero, tiene todo eso. Es la suya una palabra proustiana, de magdalenas y olor de té, y la lentitud sedante de su conversación, a medida que mira a su presente, a sus hijos y a su pasado, se carga con una sorpresa: como si acabara de caer en la cuenta de que ella, Felicidad Blanc, es diferente, y ya en ello tratara de explicarse y explicar en qué viene a consistir lo que la separa de otras muchas mujeres como ella, y encontrará por fin, en esa diferencia que la deja en soledad, un hueco cómodo, una figura de sí misma al fin satisfactoria. Esa autosatisfacción traslúcida y, en realidad, permanente, es lo que me deja un tanto perpleja: Felicidad Blanc, ella misma lo escribe, es una mujer de otros tiempos.

—Mi siglo fue el diecinueve: todavía en mi infancia se podían percibir sus resplandores. Al espíritu del siglo pasado pertenecen mis primeros recuerdos, y pienso que también mis valores. Pero el siglo este, esta ciudad terrible, me ha hecho comprender que nada de lo que yo significo tiene valor ya... Por eso, desde la infancia, me encierro en los sueños.

—Usted afirma, en su libro y en su película, que lo más importante en su vida ha sido el amor.

—Sí; el amor ha sido, es y será lo más importante de mi vida. Es lo único que nos permite acercarnos a la muerte sin temor. La única nostalgia que guardo es no haber tenido nunca el amor que soñé, que me colmara. Pasó por mi vida varias veces, si es que es amor una despedida. Así viví mi amor con Luis Cernuda: Luis era un personaje extraordinario, y como yo, buscaba el amor. En realidad, nos enamoramos en un encuentro fugaz, en Londres. Recuerdo el paseo por el parque, cuando él tenía que viajar a América y yo volvía a España. Entonces pensé que el amor era simplemente eso, una despedida. Y así, su recuerdo me sirvió para aliviar la soledad y la incompreensión que me traía mi matrimonio... En Calvert Casey hubiera podido encontrar un alma gemela. Era un hombre dulce, soñador, amable. Pasó cerca de mí, y yo apenas me di cuenta. Pero era todo sensibilidad. Cuando leí la dedicatoria de su libro, en la que hablaba de "una intuición de lo que hubiera podido ser la dicha", me sobrecogió. Pero él entonces acababa con su vida en Roma y a mí me dejó un sabor amargo, una extraña sombra de lo que pudo ser y no fue... y de su recuerdo sólo me salvó el trabajo.

—¿Por qué trabaja usted, Felicidad?

—La verdad es que, por necesidades económicas, me tuve que poner a trabajar. Me quedé viuda con una pensión ridícula y un poco de dinero de mis padres. Pero yo no sabía trabajar. Nunca lo había hecho. Me crié en una familia acomodada y nunca hice nada. Entonces me dirigí a Alfredo Sánchez Bella y le pedí trabajo. Le dije: "Mira, yo soy una persona a la que la amabilidad no le cansa. Búscame algo". Y entonces me hizo secretaria del Club de Congresos.

"Yo vanidad no tengo: si la vendieran en algún sitio, iría a comprarla, porque también es necesaria, pero te aseguro que traté de convertir el palacio en una imagen de la cultura del país. Intenté llevar cuadros de las mejores firmas, organizar ciclos de conferencias, para que el palacio fuera mejor utilizado, incluso en el saloncito pequeño. Pero me pusieron dificultades. Por la política. Yo entonces propuse las mujeres, que

ROSA MARIA PEREDA

no darían problemas de censura. Pero tampoco fue posible. Y teatro de cámara... la burocracia es terrible. Me llevé mis jarras y mis porcelanas para adornar el palacio, porque para mí era mi propia casa. Pero, después de jornadas agotadoras, porque yo me encargaba de la gente que venía a los congresos hasta en sus menores detalles, me relegaron a mi despacho.

"Dionisio Ridruejo, mi amigo más fiel, me oía las tragedias burocráticas que yo le contaba con humor e ironía... y quince días antes de morir llamó a Jiménez Quilez y le dijo que se me llevara al Ministerio, que si no me iba a morir yo. Así que me trasladaron al Ministerio y me nombraron jefe de Recepción.

"La verdad es que, al principio, aquello me hizo sentir, cómo te

diría, venida a menos. Pero en seguida supe que allí tenía algo que hacer: convertir la Recepción del Ministerio en un ejemplo de educación. Y yo, con mis dos azafatas, soy feliz en esa tarea de recobrar las buenas maneras, las palabras que se están perdiendo. Yo les digo: "Que no se os caigan de la boca el señor, el por favor, el gracias, el perdón...". Que den una imagen de este país más dulce, más educada, de lo que se espera. En fin, que yo creo que podría hacer otras cosas, pero estoy contenta en mi garita. Y quiero que se me conozca así. Por eso, a otra periodista que me ha pedido una entrevista, la he citado en mi cuartito del Ministerio de Cultura.

—¿Por qué ha escrito este libro?

—Ha sido un intento de mostrarme como soy, de una manera más completa que en *El desencanto*. Allí, como de siete horas de montaje hubo que cortar tanto, yo me quedé un poco insatisfecha con mi imagen. Creo que, además, los protagonistas eran mis hijos: yo aparecía como cambiante, con algo de inconsecuente, y sobre todo que no era enteramente yo. Por eso me tentó tanto escribir este libro. Aquí sí creo que doy una imagen entera de mí misma.

—A ustedes, los Panero, se les acusa de tener un especial afán de protagonismo. ¿Por qué han contado ustedes su historia?



"Ser viuda en España es atroz: una tiene que estar siempre resucitando la memoria del marido perdido".



"La literatura es lo que nos salva de hundirnos en el olvido".

—Verá: lo que contamos en *El desencanto* lo sabían ya todos, sobre todo los que más se han indignado. Lo habían dicho ya, pero se indignaron cuando fuimos nosotros mismos los que lo contamos... La sinceridad no se perdona, y la nuestra es una película valiente y sincera. A mí me liberó del miedo a los demás y también me ha ayudado a recobrar la identidad perdida. Cuando vi en los carteles Felicidad Blanc supe que era otra vez yo, que había dejado de ser sólo la viuda de Panero, la señora de. Ser viuda en España es atroz: una tiene que estar siempre resucitando la memoria del marido perdido, porque nada somos sin él. Por eso somos el terror de los despachos oficiales... Pero, volviendo a *El desencanto*, creo que para todos nosotros ha sido una experiencia saludable. Como sabes, se hizo sin que cada uno de nosotros supiera lo que decía el otro. Así que al verla nos descubrimos los unos a los otros, especialmente porque el juego habla síncero. Creo que esta sociedad sería por lo menos más divertida, pero también más sana, si hubiera más sinceridad. Pero, como te dije antes, yo me encontré algo incompleta, y por eso me surgió la necesidad de escribir mi autobiografía, mis Memorias. A veces, no te importa decir. Nosotros, después de la película, nos sentíamos distintos, más auténticos y sinceros. Yo he intentado seguir por ahí. Romper también con el papel, el cartelito ese que se coloca siempre a todo el mundo en este país. A mí me pusieron el de la mujer-mártir, y a cada uno de mis hijos el suyo, más o menos catastrófico. Todo porque no hemos temido la opinión de los demás.

—En la película, y un poco en

sus Memorias, Felicidad Blanc aparece como una mujer soñadora, a ratos débil, a veces absorbente, que es el centro de la familia, aunque la autoridad sea Panero mismo, pero que pasa sorprendida por la existencia, voluntariamente diferente de sus hijos.

—He tenido que aprender mucho, y agradezco a mis hijos que me lo hayan obligado a hacer. Verás, yo no guardo rencor a la vida. A veces me gustaría tener hijos normales y, seguramente, estar aquí sentada con mis nietos alrededor en esta butaca. Pero se pasa en seguida. Mis hijos tienen cada uno de ellos personalidades muy fuertes y muy distintas. Muchas veces han sido conflictivos, sobre todo Leopoldo María, pero yo les guardo gratitud por lo que han hecho de mí. Claro que he sufrido, por ejemplo cuando Leopoldo María estuvo en la cárcel, primero por política y luego por drogas. Pero las cosas de la cárcel, sobre todo la cola de los comunes, me han hecho aprender mucho. Se me reveló allí un mundo tan distinto del que yo estaba viendo y viviendo. Descubrí seres generosos que, palabra de honor, me emocionaban. Su pobreza, el sacrificio evidente que hacían para llevarles cualquier cosa a sus familiares presos, los cubos en que se mete la comida dentro de la cárcel, muchas veces casi vacíos. O sea, el sufrimiento de la gente... yo le agradezco a mi hijo Leopoldo María haber conocido todo esto, porque es necesario. Mi hijo es una personalidad muy intensa a la que este país ha destruido o ha querido destruir. Pero él tiene su literatura y sus centros de interés, y eso le salva.

—¿Cuáles son sus sombras, Felicidad?

—Las sombras son los perso-

najes que han pasado por mi vida y un poco hasta yo misma. Me ha sido fácil contar los recuerdos, porque siempre, desde niña, he vivido con los ojos puestos atrás, en el recuerdo, y hasta el presente lo vivo un poco como si ya fuera pasado. Siempre, desde pequeña, he dejado un tiempo para los sueños, y ese soñar ha formado parte muy importante de mi vida. Cuando tenía problemas, los sueños me consolaban.

—Le ha dado problemas la película, ¿verdad?

—Sí, muchos, muchos conflictos. Los que más me han dolido son las críticas terribles en Astorga, esa ciudad que tanto amé a mi manera. Yo soñaba siempre que, cuando fuera vieja, me iría a vivir a Astorga, donde pasé las épocas más felices de mi matrimonio. Hace poco he vuelto a recoger algunas cosas que me quedaban allí, y me he encontrado con un artículo que decía cosas espantosas sobre mi hijo Leopoldo María... Con eso intentan de un modo torcido defender la memoria de mi marido. Como si la mejor manera de defenderlo fuera atacar a sus hijos... Mi marido se hubiera comportado de otro modo: hubiera buscado las razones de los ataques de sus hijos, y los hubiera perdonado. Además, nunca hubiera tolerado que alguien se metiera con ellos, porque para los padres los hijos son lo primero. A mí me ha dolido mucho, pero he preferido el silencio por respuesta. No he querido contestar.

—Usted ha sido, muchas veces, la musa de una generación mucho más joven. Los amigos de sus hijos recuerdan su hospitalidad con admiración y cariño. Y seguramente más de uno se enamoró de usted.

—Sí, lo sé. Yo intenté siempre estar cerca de mis hijos y de sus amigos. Y curiosamente encontré más cariño entre ellos que entre la gente de mi edad... seguramente me han querido porque yo practico la alegría y la ironía, y no les he condenado a oír mis desgracias. Claro que cuando he tenido que escribir mi autobiografía, no he podido mentir.

—¿Qué papel cree usted que va a ocupar, en la literatura y en la vida española, *Especio de sombras*?

—En España, en nuestra literatura, falta escandalosamente ese género que otros cultivan y que es la autobiografía íntima. La mía lo es. En el caso de la mujer es especialmente flagrante la falta de cualquier testimonio privado, vital, de su vida. Estamos condenadas al silencio, a ocultarnos y callarnos tras la vida doméstica. Yo he intentado romper esta conspiración de silencio, y espero que a las mujeres y a los hombres les haga bien mi libro. A lo mejor les enseña que no son las grandes historias negativas las que estropean un matrimonio, sino las pequeñas cosas. Y a lo mejor, después de mi otras siguen el ejemplo y rompen a hablar. Ganaríamos todos.

—Felicidad Blanc, de verdad, ¿no cae usted en la tentación literaria al retratarse a sí misma?

—Sí, claro que caigo. Pero la literatura es tan importante en mi vida que no me importa. Fijese usted: entre esas sombras de las que hablo en mi libro, muchas son personajes de novela que, en mi vida, tuvieron tanta realidad como otros vivos y amados... Siempre me atrajo la literatura, y mi personaje que soy yo, al ser escrito, es de alguna manera literario. Pero eso, la literatura, es lo que nos salva de hundirnos en el olvido.

Esta es Felicidad Blanc, en la conciencia de que la entrevista no la agota, de que se quedan facetas sin contar. De alguna manera, sus confesiones íntimas nos la muestran evanescente, romántica, salida de una novela de Proust, tal vez tratando de ignorar todas esas experiencias dolorosas que la vida reparte a algunos con más profusión. O nacida de un poema de Borges, pues ella está hecha de la misma materia que los sueños, ahora que, al recoger sus recuerdos en una cinta, en unos guiones, en un libro, puede ser borrada la frontera entre el pasado que pasó y el tiempo que Felicidad Blanc fue soñando. En cualquier caso, como ella misma dice, su libro pertenece ya a la escritura, a la literatura. Y ella puede permitirse, rota ya la frontera entre lo privado y lo público, pasear mirando desde arriba, desde esa altiva lejana dignidad decimonónica, el mundanal ruido madrileño y las acechanzas del día. "Sólo añoro tal vez —me dijo— una casa junto al mar infinito y una mano que apriete la mía". ■ Fotos: RAMÓN RODRÍGUEZ.